

13 diciembre 1912)



Dícese... ¡Se dicen tantas cosas en estos días de tan espesa y tormentosa historia! Pero no somos unos eruditos que estamos trazando con riguroso y desapasionado método crítico de investigación la historia muerta, la historia del pasado. Estamos no escribiendo historia muerta, sino haciéndola viva, y nuestro escribir mismo es un hacer; nuestros escritos, henchidos de pasión, son actos. Y así a las veces si decimos algo que no es, débese eficaz a que eso que no es todavía, debe ser.

Dícese, pues, que una de las cosas que más preocupa a' histrión, que es el exkaiser, es la suerte de su fortuna personal. Creíamos que a ese gran cómico de tragedia nada le preocupaba más que los aplausos del público; pero ahora resulta que le preocupan más el estipendio y los ahorros. Que no le aplaudan le duele, que le silben le duele menos; pero lo que sobre todo le apena es perder sus ganancias. El imperial socio de la Casa Krupp debe de calcular que el destronamiento ha sido un mal negocio. El patrimonialismo imperialista tiene un fondo económico.

¡Y ese cómico a sueldo llamaba los sin patria a los sin fortuna!

Pero vengamos a lo nuestro y hablemos un poco—otro día otro poco—de los separatistas castellanos. O más bien que separatistas, separados.

Estos separatistas castellanos, a pesar del calificativo en esta que les ponemos, no profesan doctrina alguna. Su separatismo no es teoría, es práctica. Su separatismo consiste en separarse de la patria, de Castilla y de España; en irse de ella, en emigrar. Se van porque aquí no pueden vivir. ¿Se van o los echan? Más bien los echan. Es un modo de declararse en huelga. Se separan, y los hijos de muchos de ellos se harán al cabo franceses o americanos.

Los echan los despobladores. Y éstos, los despobladores, si que son separatistas. Y éstos, los despobladores, son de los que más hablan de la unidad intangible de la patria, sin saber ni lo que es unidad, ni lo que es patria, ni lo que se intangible.

Y dícese de él—nuestro lector supondrá quién es él—que no se separa también, que no se va porque no tiene la suficiente fortuna personal para hacer luego, de cesante, un papel como corresponde a su rango, según se dice que decía su padre. Dícese que más de una vez y delante de más de uno ha dicho que si tuviese la riqueza que a su rango corresponde habría mandado a paseo todo esto y a la encanallada chusma de políticos que le envuelven. ¡Pero el patrimonio!...

De algunos reyes se ha dicho que se han jugado la corona. Cierto, y alguna vez a una sofa. Los ha habido también que la han vendido. Y vender una corona no es huir. Un rey que en expropiación forzosa por utilidad pública acepta la indemnización que se le dé por su corona no puede decirse que

huya. Y está muy bien hasta que regatee la tasación.

Porque hay que ponerse en lo justo y reconocer que una corona vale algo y que todo lo que sea evitar procedimientos de violencia obliga a transacciones económicas. El evitarse una revolución bien vale alguna indemnización.

A todo esto, un lector invisible que está aquí, al lado nuestro, nos interrumpe y exclama impaciente: «Bueno, ¿cuánto pide por irse?» «Pero si nosotros no hemos dicho que pida...» «Bueno, bueno—insiste el invisible e impaciente lector;—dejémonos de andrónimas y rodeos; ¿cuánto quiere por marcharse?» «¡Pero si acaso tenga que irse gratis!...» «No; tampoco eso—dice el invisible;—eso tendría sus contras...» «¿Y qué contras?»—le preguntamos.—«Ante todo—nos responde—que irá dilatando y resistiendo su marcha para ir entre tanto haciéndose su pacolilla, o su viático.» «¡Pero si aquí no hay casa Krupp ni cosa que lo valga!»—exclamamos.—«¡Quién sabe!...»—y el invisible lector se calla.

El patriotismo es sin duda una fuente del sentimiento del deber en lo que hace a no abandonar en momentos de peligro para la patria, altas, altísimas magistraturas; pero las clases que están fuera del patriotismo, por encima o por debajo de él, la economía le sustituye. El exkaiser hablaba de Alemania como de algo personal suyo, y ahora empezamos a ver claro que la consideraba como una finca o un patrimonio. La prosperidad de la patria de sus súbditos le interesaba. ¡Y tanto! ¡Como que era accionista de algunas de las más florecientes Empresas industriales de Alemania!

La concepción materialista de la historia, o sea la interpretación económica de la política toda, es el credo de los conservadores y de las «clases superiores». Y cuanto más «superiores», más materialistas. Y en esta España de la tolerancia de real orden al juego de azar; en esta España de las crisis ministeriales de jugada de Bolsa; en esta España del separatismo emigratorio; en esta España que quiso negociar la neutralidad y pretendió poner precio al cumplimiento de un derecho que era a la vez un deber; en esta España de la «Casandra» de Pérez Galdós; en esta España hay patriotismos que por alto que se encaramen no tienen más que una base económica.

«¿Y la autonomía?»—nos interrumpió aquí el invisible lector. Y nosotros, irritados ante la impertinencia de esta interrupción del fantasma, le decimos: «¡Hay una autonomía, señor nuestro! hay una independencia que no podemos admitir y es la del Principado de Mónaco!» «¿Y el pueblo de Mónaco?» «¡En Mónaco no hay pueblo—le decimos;—no hay más que criados de una gran timba!»

MIGUEL DE UNAMUNO

